

# 1956 Y LOS PAÍSES DEL BLOQUE DEL ESTE SIN DESESTALINIZACIÓN

**Dragomir Draganov**

Universidad de Sofía, Bulgaria. E-mail: draganov@clio.uni-sofia.bg

Recibido: 7 Diciembre 2005 / Revisado: 17 Enero 2006 / Aceptado: 9 Febrero 2006 / Publicación Online: 15 Junio 2006

**Resumen:** El artículo trata el tema de los países de Europa Central y Oriental, en los cuales las decisiones “desestalinizadoras” del XX congreso del PCUS (febrero de 1956) tuvieron consecuencias menores. Sin embargo, Bulgaria, Checoslovaquia y Rumania también emprendieron el camino de transición lenta, pero sucesiva, de un totalitarismo “importado” hacia el autoritarismo “autóctono”, que les llevó después de 1989 a repetir, cada una con sus peculiaridades, el “modelo” de transición de autoritarismo a la democracia.

**Palabras Clave:** autoritarismo, desestalinización, estalinización, totalitarismo, transición democrática, 1956.

El bloque del Este se forma después de 1947 sobre la base de lo que en 1944-1945 ya era concebido como “los países de la esfera de influencia soviética”. Me gustaría llamar la atención sobre tres hechos.

Primero, que en los años treinta del siglo pasado uno de los grandes objetivos de la política exterior de Stalin es el restablecimiento del Imperio Ruso en sus fronteras de 1913. Firmando en agosto de 1939 el pacto de no agresión con Hitler, Stalin ve casi satisfechas sus ambiciones: Alemania reconoce como “esfera de los intereses” de la URSS a Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, como también Besarabia. En cuanto a Polonia, ha sido repartida previamente entre los dos países.

Segundo, que en octubre de 1944, en Moscú, Churchill, en enero de 1945 en Yalta también Roosevelt, y en julio del mismo año en Potsdam también Attlee y Truman, en la práctica no sólo confirman aquello que habían pactado en 1939 Stalin e Hitler, sino que consienten en ampliar la esfera de influencia soviética. Así, a despecho

de la voluntad de los pueblos de toda la Europa Central y Oriental, ellos (excepción hecha de Austria y Grecia) resultan sumidos en ella.

Y tercero, que los dirigentes tanto de los Estados Unidos como de Gran Bretaña están muy bien informados sobre las intenciones de Stalin respecto del futuro de “su” esfera de influencia. Por cierto, él mismo tampoco las ocultó nunca. “Esta guerra (explica Stalin en abril de 1945) difiere de todas las anteriores: quien se apodera de un territorio, le impone también su sistema social. Cada uno impone su sistema social hasta donde logra llegar su ejército, y no podría ser de otra manera”<sup>1</sup>.

Llamo la atención sobre estos tres hechos para subrayar que “la vasallización” de Europa Central y Oriental después de la Segunda Guerra Mundial por parte de Stalin se produjo con el tácito consentimiento de las democracias occidentales y a base de acuerdos muy concretos entre ellas y la URSS.

Su culminación ocurre en la Conferencia de Potsdam, cuando el presidente norteamericano Truman y el primer ministro de Gran Bretaña Attlee aceptan por completo las ideas de Stalin en cuanto a la existencia de zonas “occidental” y “oriental” no sólo en Alemania, sino en toda Europa.

Una de las explicaciones de esta postura de las democracias occidentales es su temor a un nuevo conflicto mundial. Y Stalin tampoco oculta sus intenciones al respecto. El 2 de septiembre de 1946, por ejemplo, declara sin ambages a Jorge Dimítrov que está planificando “una guerra más”, con la cual los problemas de las fronteras del imperio soviético van a ser “solucionados definitivamente”<sup>2</sup>. Pero desde este punto de vista, todo el precio para que fuera

conjurada una tercera guerra mundial fue pagado precisamente por los pueblos de Europa Central y Oriental.

Antes de hablar de la desestalinización, expliquemos el sentido del proceso de estalinización de los países de la esfera de influencia soviética.

Hasta el año 1947, en dichos países no se observan procesos de “estalinización” abierta. La causa estriba en las complicadas negociaciones sobre los tratados de paz. Porque cualquier paso en falso de los comunistas “locales” podría incidir no sólo en las condiciones plasmadas en los tratados con Bulgaria, Italia, Rumanía, Hungría y Finlandia, sino también en la situación en Grecia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Francia y otros países.

Sin embargo, una vez terminado el arreglo pacífico, en ambas “zonas” (la “occidental” y la “oriental”) empiezan a producirse acciones análogas, aunque de dirección opuesta. El discurso de Churchill en Fulton, la Doctrina Truman y el Plan Marshall conforman respectivamente el rostro ideológico y político-militar del bloque occidental y registran la división ya oficial del mundo en dos campos hostiles. Las proyecciones internas de esta división en la “zona occidental” son la separación de los ministros comunistas de los gobiernos de Bélgica, Francia, Italia, Dinamarca, Austria y Luxemburgo, con lo cual se pone fin, de hecho, a la unidad de acción de las fuerzas antifascistas establecida durante la guerra, incluso en el marco de cada país por separado.

En la “zona oriental”, a su vez, llega el fin del llamado período de “la democracia popular”, término introducido por primera vez por Jorge Dimítrov durante la Guerra Civil Española y que significa “camino hacia el socialismo diferente al soviético”<sup>3</sup>. La señal de comienzo para una acelerada estalinización se da en la conferencia constituyente de la Cominformburó que se celebró a fines de septiembre de 1947 en Sklarska Poremba, Polonia.

En el informe “inaugural” de Andrey Zhdánov “Sobre la situación internacional” se constata “la división de las fuerzas políticas que operan en el escenario mundial en dos campos principales: el campo imperialista y antidemocrático, por un lado, y el campo antiimperialista y democrático,

por otro. La fuerza de liderazgo del campo imperialista son los EEUU... La fuerza de liderazgo del (otro) campo son la URSS y los países de nueva democracia”<sup>4</sup>.

¿Y qué debe suceder exactamente en el “campo antiimperialista y democrático”? Lo indica con claridad el informe de Gueorguiy Malenkov “Sobre la actividad del Partido Comunista Ruso (Bolcheviques)”. Las cinco condiciones concretas en cuanto a las orientaciones de la “coordinación voluntaria de las acciones” en los países de la esfera de influencia soviética son las siguientes:

- “liquidar las consecuencias de la guerra y desarrollar en lo sucesivo la construcción socialista;
- industrialización del país y colectivización de la agricultura;
- mantenimiento (por parte de los comunistas) de las posiciones de “fuerza líder, independientemente de la amenaza exterior y de la resistencia de los grupos contrarrevolucionarios seguidores de Trotsky y de Bujarin y Zinoviev”, pagados por “los servicios de inteligencia extranjeros;
- superación permanente de los vestigios de la ideología burguesa y reforzamiento de la intransigencia bolchevique para con toda clase de distorsiones ideológicas;
- preservación de los representantes de la cultura soviética de la admiración por la literatura y el arte burgueses que se encuentran en un estado de marasmo y descomposición<sup>5</sup>.

Como se ve, las instrucciones son un programa detallado y exacto, cuya realización conduce a la edificación en todas las “democracias populares” de sociedades idénticas o al menos próximas al máximo al modelo de socialismo soviético. Y realmente, no sólo hasta la muerte de Stalin (marzo de 1953) sino por lo menos dos años después, en todos los países transcurren procesos idénticos que se traducen, en resumidas cuentas, en lo siguiente:

- fusión de los partidos “reformistas” (socialistas o socialdemócratas) con los “revolucionarios” (comunistas, independientemente de su denominación en el momento dado) en partidos únicos de la clase obrera, pero unidos sobre “la base teórica y política marxista-leninista”. En la práctica, este proceso significa “la fusión” de los partidos reformistas en los comunistas, los cuales, por su parte, adoptan el modelo político-

organizativo del Partido Comunista Ruso (Bolcheviques);

- “autodisolución” de una serie de partidos políticos, los restos despersonalizados que están enfrascados en amorfas “organizaciones socio-políticas únicas de masas”;
- desmantelamiento de aquellos partidos y organizaciones políticas que se declaran en oposición abierta a la “construcción del socialismo como tarea inmediata”;
- nacionalización de la propiedad “capitalista” grande y mediana y creación de barreras difíciles de franquear ante la existencia de la propiedad pequeña;
- orientación de las haciendas agrícolas pequeñas, creadas después de la reforma agraria, a la colectivización, utilizando como principal palanca los métodos de la coacción;
- “reestructuración” del frente cultural sobre la base de los principios del “realismo socialista” tal como la interpretaban Stalin y Zhdánov;
- introducción de los métodos de Stalin y Beria de terror de masas respecto a toda la población, y de purgas dentro de las organizaciones partidistas contra “el enemigo con carné del Partido”.

Éstas son, al menos en mi opinión, los principales aspectos del proceso de “estalinización” realizada entre 1947 y 1955 en los países de la esfera de influencia soviética. Y si vestimos el concepto “estalinización” de terminología politológica, en aquel período en estos estados se realiza un exitoso intento de imponer el totalitarismo de izquierda.

Pero el 5 de marzo de 1953 Stalin muere. Esta fecha marca el fin de una etapa y el comienzo de otra en el desarrollo tanto del Estado soviético, como de los Estados de su esfera de influencia. Por supuesto, aquí es obligado formular por lo menos tres reservas.

Primero, los procesos de “desestalinización” arrancan con gran dificultad y muy lentamente. La nueva dirección del PCUS, encabezada por Jrushchov, debe superar la tenaz resistencia de por lo menos tres círculos de “estalinistas” a ultranza. El primero está dentro de ella, empezando por Beria pasando por Malenkov y llegando a Mólotov y Kaganóvich. El segundo está en los países de la esfera de influencia soviética (Matias Rakosi en Hungría, Jorge Georgiu Dej en Rumania, Antonin Novotny en Checoslovaquia, Boleslav Bjerut en Polonia, Valko Chervénkov en Bulgaria, etc.) El tercero está en el movimiento comunista de Europa

Occidental<sup>6</sup>. Precisamente por ello, el XX Congreso del PCUS, que da la señal oficial de arranque de la “desestalinización”, se celebra apenas en febrero de 1956, es decir casi tres años después de la muerte de Stalin.

Segundo, sería un grave error buscar en la “desestalinización” (y más todavía descubrir en ella) elementos de democratización. Independientemente de la fuerza de las reacciones de los acuerdos del XX Congreso del PCUS en los diversos países de la esfera de influencia soviética, en todos ellos se trata, en última cuenta, sólo y únicamente de liberalización, o sea de cambios en el sentido de “más no-democracia” a “menos no-democracia”.

El tan cacareado “informe secreto” de Jrushchov, por ejemplo, queda realmente secreto, y la resolución oficial del Congreso “Sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias” consta de una sola frase en la que se “encomienda al Comité Central del PCUS realizar las actividades que aseguren la superación plena del culto a la personalidad, ajeno al marxismo-leninismo, y la liquidación de sus consecuencias en todos los dominios del trabajo partidista, estatal e ideológico”<sup>7</sup>. Dicho sea con otras palabras, la renovación vuelve a planificarse “desde arriba”, desde el campo de los “iniciados”, poco menos que a escondidas de la sociedad soviética, de la cual el partido es, a fin de cuentas, sólo una parte muy pequeña, aunque importante.

Y tercero, pero tal vez lo más importante. Si en la propia URSS ya en los últimos años del gobierno de Jrushchov y sobre todo en el de su sucesor Brézhnev esta liberalización fue seguida de un intento de “reestalinización trepadora”, después de 1956 en los países de la esfera de influencia soviética comienzan procesos de cambios cualitativos en su sistema político. O si se me permite recurrir de nuevo a la terminología politológica, empieza una transición lenta y paulatina del totalitarismo “mal desarrollado” a regímenes personales típicos del autoritarismo<sup>8</sup>.

Juan Linz ofrece una explicación suficientemente lógica, y de allí aceptable. Según él, los regímenes comunistas en estos países “no habían sido fruto como los de la URSS y Vietnam de un proceso interno, sino de una imposición exterior, y... al retirar la URSS el apoyo a sus gobiernos se encontraron con una falta de legitimidad distinta a la que tendrían si

hubieran sido resultado de un proceso autóctono de establecimiento de un régimen totalitario”<sup>9</sup>.

Zbigniew Brzezinski lo completa con la afirmación de que “el período estalinista es bastante corto como para “recultivar” en profundidad a las sociedades de Europa Occidental, para borrar su sentido de identidad cultural y nacional y destruir sus tradiciones políticas específicas”<sup>10</sup>.

¿Cuáles son, por otro lado, “las tradiciones políticas específicas” de los países de Europa Central y Oriental? Excepción hecha de Checoslovaquia (y ello sólo si aceptamos que veinte años de existencia independiente entre las dos guerras mundiales son suficientes para crear tradiciones), en todos los demás países: Polonia, Hungría, Rumanía, Yugoslavia, Bulgaria y Albania, las tradiciones son de distintas variantes del sistema autoritario. Espero que entiendan la lógica de mi “aproximación” demasiado larga al tema de “1956 y los países del Bloque del Este sin desestalinización”. Sin embargo, sin esta aproximación me hubiera resultado bastante más difícil defender mi tesis principal. A saber que independientemente de la fuerza de los procesos de “desestalinización”, el año 1956 es decisivo para los países de la esfera de influencia soviética, sobre todo porque todos ellos se encaminan (más bien retornan, pero ello también está marcado con un signo positivo) del sistema totalitario a un sistema político, más duro o más blando, pero de todos modos de tipo autoritario.

En perspectiva, esto resultará de suma importancia para ellos en el momento en que, en 1989, comenzarán sus transiciones políticas a la democracia. Porque no las realizarán a semejanza de la alemana y de la italiana después de 1945, en las condiciones de una ocupación militar extranjera y de soberanía nacional limitada, sino en condiciones mucho más próximas a la transición española, o sea, con el papel decisivo de los factores políticos internos.

Volviendo a 1956, los países de la esfera de influencia soviética se pueden dividir convencionalmente en cuatro grupos:

En Yugoslavia no hace falta una “desestalinización” tal como se planifica y realiza en la URSS y los demás países socialistas, por cuanto Stalin es el gran enemigo, contra el cual la dirección yugoslava lucha ya desde 1948. Con una visita relámpago a

Belgrado, en mayo de 1955, Jrushchov da un serio paso para normalizar las relaciones entre los dos Estados y sus dos partidos comunistas. En junio de 1956, Tito devuelve la visita, pero detrás la normalización oficial se deja ver todavía la herrumbre del conflicto anterior, tanto más que los yugoslavos no habrán quedado muy satisfechos de la explicación soviética de que las causas del conflicto radican solo en “la manía de grandeza de Stalin”.

Albania de Enver Hoxa concibe el año 1956 más bien como una oportunidad para rechazar también la hegemonía soviética, después de que durante un decenio ha estado luchando tenazmente contra los intentos de los yugoslavos de imponerle la suya. Ésta es la principal razón de los intentos de Albania de buscar en los años siguientes un acercamiento con China, viendo en este país el principal adversario de las pretensiones de liderazgo de Jrushchov.

Están en el tercer grupo Polonia, en la cual, según la acertada expresión de Roger Martelli, los acontecimientos se desarrollan hasta “la situación de crisis dominada en el último momento”, y Hungría, donde a fines de octubre de 1956 estalla un levantamiento popular contra el sistema político impuesto desde fuera.

Solamente voy a señalar de paso que la desestalinización polaca es también una especie de “emancipación” frente a la URSS, que culminó en “el camino polaco al socialismo” proclamado por el nuevo líder de partido y Estado Gomulka. La revolución húngara también sentó el comienzo de la etapa de edificación de un “socialismo nacional”, conocido además como “socialismo del gulasch” o “kadarismo”.

Y finalmente existe un cuarto grupo en el que entran los llamados “países sin desestalinización”: la República Democrática Alemana (RDA), Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. Yo, personalmente, enfocaré semejante agrupación con bastantes reservas.

La RDA es el país donde ya inmediatamente después de la muerte de Stalin se ponen de manifiesto los síntomas de agudización de la tensión político-social. Sin embargo, en vez de intentar controlar la situación, a fines de mayo de 1953 la dirección del Partido Socialista Unificado Alemán toma la decisión de subir las normas laborales, lo cual afecta los intereses económicos de amplios sectores de los

trabajadores que sufren todavía las consecuencias de la ruina económica ocasionada por la guerra. El 17 de junio de 1953 estallan agitaciones obreras, sofocadas con la ayuda también de las tropas de ocupación soviéticas.

Esto obliga al Partido Socialista Unificado Alemán a orientarse a la toma de medidas para mejorar el nivel de vida de amplias capas de la población. En los dos o tres años siguientes la URSS emprende a su vez una serie de pasos que también contribuyen a aplacar las pasiones: renuncia a las reparaciones a partir del 1 de enero de 1954, reconoce la plena soberanía de la RDA en septiembre de 1955 etc.

Así pues, la Tercera Conferencia del Partido Socialista Unificado Alemán, convocada a fines de marzo de 1956 para analizar las lecciones del XX Congreso del PCUS, transcurre en un ambiente tranquilo, y Wilhelm Piech conserva sus puestos de presidente de la RDA y del partido. Pero de allí en adelante, y hasta finales de los años 80, los Estados de la esfera de influencia soviética están comprometidos, en mayor o menor grado, con la misión de convertir la RDA en "la vitrina (escaparate) del socialismo a los ojos de Occidente", lo cual se refleja favorablemente en la vida diaria de los alemanes del Este.

"La desestalinización" de Checoslovaquia se limita a una crítica puramente formal a la dirección del partido al frente con Antonin Novotny. Las causas son varias: el más alto nivel de desarrollo industrial del país que genera ritmos de crecimiento económico más estables durante la primera mitad de los años cincuenta, el apoyo de masas del que disfruta el Partido Comunista Checoslovaco entre la cuantiosa clase obrera etc.

Siguiendo "la moda de Moscú", en los primeros años después de 1956 los líderes partidistas de los países socialistas no ocupan simultáneamente, por regla general, puestos representativos en la jerarquía del Estado. El único que lo hace ya en 1957, después de la muerte del presidente Zapotocky, es Antonin Novotny, quien ocupa asimismo el puesto de jefe de Estado.

En 1960 Novotny anuncia que Checoslovaquia ya ha cumplido las tareas de la etapa "democrática popular" en su desarrollo y con una nueva Constitución cambia de nombre

pasando a llamarse "república socialista" (República Socialista de Checoslovaquia).

Ni siquiera la "desestalinización secundaria" posterior al XXII Congreso del PCUS (1961) consigue hacer tambalearse las posiciones de Novotny y del grupo de estalinistas en su alrededor. A duras penas logra ser realizada la rehabilitación de los represaliados de 1950-1952 y el restablecimiento en el Partido Comunista del eslovaco Gustav Husak, expulsado por una "desviación nacionalista".

En cambio, "la edificación del socialismo" en su aspecto inalterablemente estalinista comienza a jaderar ya a comienzos de los años 60. La nueva Constitución liquida, prácticamente, el carácter federal del Estado y une en el agarre de la planificación central a la Chequia industrial y a la Eslovaquia agraria. En 1963, la dirección del Partido Comunista Checoslovaco rechaza las ideas de Ota Šik de introducir elementos de la economía de mercado y continúa la línea de industrialización total en la industria y la agricultura. El descontento de la población se torna cada vez más evidente, y en Eslovaquia crecen los ánimos contra "el diktat de Praga". Sumados, todos esos factores conducen a "la Primavera de Praga" de 1968.

En Rumanía, el único cambio sustancial es que Jorge Georgia Dej es "reelegido" no como secretario general (según la terminología de Stalin), sino como "primer secretario" (siguiendo la de Jrushchov) del Partido Obrero Rumano, conservando el puesto de primer ministro. Georgiu Dej no oculta su desacuerdo con la "desestalinización" e incluso organiza una purga de sus partidarios, acusándolos de "estalinismo" (¡sic!).

Después de su muerte en 1965, al frente del partido y del estado se coloca su protegido Nikolae Ceaucescu. El partido gobernante, purgado totalmente de reformistas, le permite establecer en breve una de las dictaduras personales más feroces, acercándola por sus características a lo que Linz define como "régimenes sultánicos". Un papel importante en ello desempeña la Securitate, la policía política rumana, la única entre las demás instituciones parecidas de los países de la esfera de influencia soviética a la que no se pidió responsabilidad por haber participado activamente en las represalias de masas durante el período de Georgiu Dej.

En Bulgaria, el descontento de los métodos y del estilo de gobierno de Valko Chervénkov en el partido y en el país fue bastante fuerte. Pero en el Pleno del Comité Central (CC) del Partido Comunista Búlgaro (PCB) convocado en abril de 1956, Chervénkov, quien en aquel entonces era primer ministro y responsable del trabajo del Buró Político, renunció a hacerse una autocrítica. Apenas al cabo de cinco días de sesiones, el Pleno decidió, no sin el apoyo activo de la dirección soviética y personalmente de Jrushchov, que el Buró Político fuera encabezado por Tódor Zhívkov, elegido ya en marzo de 1954 primer secretario del CC del PCB. A Chervénkov se le destituyó asimismo del puesto de primer ministro, que fue asumido por Antón Yúgov.

De esta manera, el Pleno de Abril de 1956 desempeñó el papel de golpe de Estado y de partido realizado por vía pacífica. Modificaba el régimen político, pero sin cambiar (o al menos así lo pensaban) inicialmente el sistema político. Las causas principales son dos: las posiciones todavía fuertes de “los viejos estalinistas”<sup>11</sup> y el miedo de la nueva dirección del partido y del Estado búlgaros a una repetición de los acontecimientos en Polonia y Hungría.

Es más, inicialmente este temor incluso recrudece el terror policiaco masivo. Si, por ejemplo, en el período 1944-1945 funcionan nueve campos de concentración en que son internadas por razones políticas 6.143 personas en total, después de la nueva oleada de “internamientos”, de 1956-1961, el número de presos llega a 23.531, de los cuales 14.647 “políticos”<sup>12</sup>.

Sin embargo, Zhívkov resulta ser un jugador político sumamente hábil y pronto consigue ganarse la confianza de Jrushchov<sup>13</sup>.

Como resultado de ello, después de 1962 empieza a establecer un régimen personal que le permitirá sobrevivir a cuatro dirigentes del PCUS y de la URSS: Jrushchov, Brézhnev, Andrópov y Chernenko.

En dos ocasiones: en 1964 con Jrushchov, y en 1973, con Brézhnev, la avidez de poder de Zhívkov enfrenta a Bulgaria también al peligro de perder su soberanía nacional con sus propuestas de que el país se convierta en la 16-a república soviética<sup>14</sup>. Apenas Gorbachov, el primer líder soviético nacido después de la llamada “Gran Revolución Socialista de

Octubre” de 1917, entrará en un acalorado conflicto con él, que conducirá al derrocamiento de Zhívkov en noviembre de 1989.

Sin embargo, lo que es mucho más importante es que en el período de fortalecimiento del régimen personal de Zhívkov Bulgaria también va cambiando su sistema político de totalitario en autoritario. Y trataré de demostrarlo ante ustedes mediante el sencillo mecanismo de la “superposición” de los principales rasgos característicos del autoritarismo sobre los del totalitarismo<sup>15</sup>.

Así pues, primero, el lugar de “la oficial ideología monista” (en la variante “de izquierda” del totalitarismo esto es el marxismo-leninismo) realmente está ocupado, desde mediados de los años sesenta del siglo XX, por lo que Juan Linz define como “mentalidad específica”. La variante española de esta “mentalidad específica” es la conocida frase de Carrero Blanco que data ya de 1945: “Orden, unidad y aguantar” (cuanto más en el poder)<sup>16</sup>.

“La mentalidad específica” del autoritarismo búlgaro también engendra su “frase alada”. Conversando con Gorbachov en 1985 a raíz de una nueva subida de los precios, Zhívkov declara: “Nosotros le decimos a la población que esto no afecta y no afectará el nivel de vida del pueblo... Pero lo que dice nuestra propaganda no es verdad. Simplemente mienten. Esto afecta a la población, pero nosotros nos hacemos los tontos”<sup>17</sup>. Y yo en lo personal no veo ninguna diferencia de principios entre “y aguantar” y “y nosotros nos hacemos los tontos” (sólo y sólo para quedarnos más y más en el poder).

Segundo, ¿“partido de masas único y totalmente ideologizado” o “pluralismo oficialmente no reglamentado, y de allí políticamente restringido”? Aquí me resulta mucho más fácil comentar por el hecho de que durante la época de Franco en España también había “un partido único”: el Movimiento Nacional.

Pero todos sabemos que éste no era un partido “totalmente ideologizado” (aunque fuera porque entonces no existía una ideología monista que lo homogeneizara), sino más bien una unificación de personas en torno a intereses de grupo (y mayormente económicos).

Precisamente esta diferencia (y estoy completamente de acuerdo con ella) entre partido “único” y partido “unido” la establece

también Linz para distanciar el partido de tipo autoritario del de tipo totalitario. El segundo nace y se fortalece durante “la marcha hacia el poder”. El primero es de oportunistas políticos y de los más vulgares arribistas.

Pues en Bulgaria, el partido comunista fue decididamente del segundo tipo: “unido”, pero no “único y totalmente ideologizado”. La prueba más convincente de ello es que al llegar a Bulgaria el Ejército Rojo, en septiembre de 1944, los “comunistas” eran apenas 15.000, mientras que a comienzos del año siguiente eran ya 250.000, y a finales de los años ochenta rondaban un millón. ¡Vaya un millón (de una población de ocho millones en total) de “miembros únicos y totalmente ideologizados”, o dicho sea de otro modo, “grupos por intereses” que militaban sólo y únicamente por ellos!

Tercero, ¿“control ideológico total sobre los medios de comunicación” o “régimen sin movilización política interna o masiva”?

Cuando a fines de 1940 no sólo en Bulgaria, sino en los demás países de Europa Central y Oriental comienza a imponerse el totalitarismo de izquierda, éste llega con toda su coreografía: manifestaciones “espontáneas” que expresan “el apoyo de todo el pueblo” al partido gobernante, organizaciones de masas que abarcan a todas las capas y grupos por edades de la población, propaganda masiva y diaria de los éxitos del régimen, medios de comunicación controlados rigurosamente. Todos estos elementos están subordinados al mismo objetivo: la constante movilización de masas.

Sin embargo, a partir de la década de los sesenta del siglo XX, estos atributos empiezan a perder paulatinamente su “poderío movilizador” y éste se va convirtiendo cada vez más de constante a esporádico, ajustado a los acontecimientos. Creo que hay que interpretar precisamente en este sentido la reserva que contiene la definición de Linz de que la movilización “interna y masiva” no es constante sino que se manifiesta sólo “en determinados momentos del desarrollo” de los regímenes autoritarios”.

En Bulgaria, estos “determinados momentos” ocurrían cada cuatro años, cuando se celebraba el congreso de turno del partido gobernante. Sin embargo, al margen de ellos, la sociedad acogía con una indiferencia casi total toda clase de conjuros ideológicos de la especie de “cartas”, “consideraciones”, “concepciones”, “iniciativas”

etc., con los que el régimen la abrumaba constantemente.

Y por último, pero no en importancia: ¿“terror policiaco de masas contra toda la sociedad” o “persecuciones individuales”? En Bulgaria, sin duda uno de los regímenes comunistas que cumplen con la mayor escrupulosidad y diligencia las instrucciones para imponer el modelo político estalinista, en abril de 1962 son cerrados los últimos dos campos de concentración. Disminuye bruscamente también el número de confinamientos, que de práctica sistemática se transforman en práctica de campañas. Y después de la Conferencia de Helsinki (1975) el régimen renuncia también a esta práctica.

Una prueba de que a partir de comienzos de los años sesenta se pasa paulatinamente del terror de masas a las persecuciones individuales son los datos sobre los militantes del PCB que se oponen al gobierno de Tódor Zhívkov mediante la democracia interna del Partido o con los medios de la conspiración” y que son represaliados con sanciones judiciales, administrativas o partidistas. En el período 1960-1989, son 824 personas en total. 50 de ellas fueron sentenciadas, 73 confinadas y el resto sancionadas<sup>18</sup>.

Estos datos demuestran perentoriamente que a partir del decenio de 1960 el régimen comunista en Bulgaria renuncia definitivamente a los métodos del terror de masas no sólo contra el enemigo político, sino contra toda la población. Y precisamente “el terror policiaco de masas” es “la condición sin la cual no puede” ningún régimen totalitario, sea de izquierda (bolchevique) o de derecha (nacionalsocialista).

Hago todas estas afirmaciones para volver a corroborar mi tesis básica: de que desde la segunda mitad de los años cincuenta del siglo XX, bajo la influencia de factores internos e internacionales, en los países de Europa Central y Oriental el bolchevismo, que es la variedad del totalitarismo de izquierdas, evoluciona hacia un autoritarismo más o menos nítido. Más rápido o más penosamente, como resultado estratégico del primer intento de desestalinización, desde finales de los años cincuenta los sistemas políticos de los países de Europa Central y Oriental se transforman poco a poco de “totalitarismo subdesarrollado” en regímenes autoritarios y recorren el camino de todo sistema autoritario “clásico” que ha heredado al sistema

totalitario: comenzando desde el autoritarismo con pronunciada desviación totalitaria, pasando por el autoritarismo “clásico” y llegando al autoritarismo de desviación liberal evidente.

Y esto vuelve a demostrar lo importante que es para los ciudadanos de la esfera de influencia soviética el año 1956.

Sin embargo, para no terminar de esta manera más bien “regional”, voy a mencionar otra cosa más. Como ya he dicho, la Historia dispone de pruebas irrefutables de que Stalin estaba preparando obstinadamente una tercera guerra mundial. Y desde este punto de vista, el XX Congreso el PCUS, el partido gobernante de la segunda potencia nuclear, preservó a la Humanidad de semejante conflagración.

Porque el Congreso obligó al PCUS y a la URSS a “seguir una línea de mejora de las relaciones, fortalecimiento de la confianza y desarrollo de la colaboración con todos los países. Pueden desempeñar un gran papel en este sentido los cinco principios de las relaciones internacionales reconocidos por muchos Estados y por los amplios sectores sociales: respeto mutuo de la integridad territorial y la soberanía; no agresión; no injerencia en los asuntos internos; desarrollo de las relaciones interestatales sobre la base del provecho mutuo; coexistencia pacífica y cooperación económica<sup>19</sup>.”

A mediados del decenio de los cincuenta, semejantes planteamientos suenan de una manera realmente novedosa. Los de la “no agresión” y de la “coexistencia pacífica” tranquilizan a la Humanidad después de diez años de “guerra fría”, que amenaza a convertirse en cualquier momento en “caliente”. Y los de la “no injerencia en los asuntos internos” eran alentadores para los países de la esfera de influencia soviética.

En otras palabras (y a modo de conclusión): sin 1956, tal vez no habría habido ya más de medio siglo de paz mundial. Casi con toda seguridad, no habría habido 1989: el comienzo del final de las no democracias en Europa. Y con toda seguridad, ahora no estaríamos juntos aquí.

## NOTAS

<sup>1</sup> Milovan, G., *Conversazioni con Stalin*. Milán, Feltrinelli, 1962, 121.

<sup>2</sup> Dimítrov, J., *Diario. 9 de marzo de 1933 – 6 de febrero de 1949*. Sofía, Iztok-Zapad, 1998, 534.

<sup>3</sup> “En la etapa dada de transición, explica Dimítrov en septiembre de 1936, la República (española)... será un Estado peculiar con una verdadera democracia popular. No será un estado soviético, sino antifascista, de izquierda, con la participación de la parte realmente de izquierda de la burguesía”. Cit. en *El VII Congreso de la Internacional Comunista y la lucha contra el fascismo y la guerra*. Moscú, Nauka, 1975, 440-441.

<sup>4</sup> Cit. según *Conferencia Informativa de representantes de algunos partidos comunistas celebrada en Polonia a finales de septiembre de 1947*. Moscú, 1948, 19-23.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 128-129.

<sup>6</sup> Cuando, por ejemplo, en junio de 1954, en una conferencia de algunos partidos comunistas en Praga, Jrushchov sigue “tentando el terreno” para la desestalinización, aunque con una intervención todavía poco rigurosa sobre Stalin (sus palabras son que “el viejo ya no podía reflexionar suficientemente bien”), salta enseguida el delegado italiano Eduardo D’Onofrio: “Camarada Jrushchov, ... usted nos ha causado un gran dolor haciéndonos escuchar tales cosas sobre Stalin, puesto que nosotros amábamos mucho a Stalin, y de los camaradas soviéticos también aprendíamos a amarlos y respetarlos”. Cit. en Bocca, G., *Palmiro Togliatti. Volumen II*. Bari, Laterza, 1977, 597.

<sup>7</sup> Citado según *El PCUS en resoluciones y decisiones de congresos y plenos. Tomo 7*. Moscú, Politizdat, 1962, 181.

<sup>8</sup> Brzezinski, Z., *El gran fracaso*. Sofía, Obsidian, 1991, 234, emplea el término “autoritarismo comunista”.

<sup>9</sup> Linz, J. J. “La transición a la democracia en España en perspectiva comparada”, en *Transición política y consolidación democrática. España (1975-1986)*. Madrid, CIS, 1992, 440.

<sup>10</sup> Brzezinski, Z., *El gran...*, op. cit., 109.

<sup>11</sup> No se debe olvidar que desde 1934 hasta su muerte en 1949, Jorge Dimítrov es uno de los colaboradores más allegados de Stalin y que Valko Chervénkov es pariente próximo de aquél.

<sup>12</sup> Los datos son de Stoyanova, P.; Iliev, E., *Personas políticamente peligrosas*. Sofía, Regalia, 1991.

<sup>13</sup> Jrushchov estaba literalmente enamorado de una de las frases de Zhívkov: “Debemos ponernos periódicamente los relojes en hora con la dirección del PCUS.”

<sup>14</sup> Tuve la rara oportunidad de conocer, ya antes de noviembre de 1989, los documentos de los respectivos plenos del CC del PCB y de publicar parte de ellos a fines de 1989 y comienzos de 1990 en el periódico *Narodna kultura*: uno de los periódicos que entonces tenían fama de “disidentes”.

<sup>15</sup> Empleo aquí dos definiciones “clásicas” de los sistemas totalitario y autoritario, obra respectivamente de Friedrich, C.; Brzezinski, Z., *Totalitarian Diktatorship and Autocracy*. New York, 1956, y de Linz, J.J., “Una teoría del régimen autoritario. El caso de España”, en *La España de los años setenta. Vol. III, tomo 1*. Madrid, Moneda y

Crédito, 1974, 1467-1531. Del mismo autor, "Una interpretación de los regímenes autoritarios". *Papers. Revista de Sociología*, 8, 11-26.

<sup>16</sup> Tusell, J., *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid, Alianza, 1984, 99.

<sup>17</sup> *Novo Vreme*, 6 (1995), 85.

<sup>18</sup> Vid. para más detalles Ivanov, D., *La confrontación 1956-1989*. Sofía, Zahari Stoyanov, 1994.

<sup>19</sup> *El PCUS en resoluciones...*, op. cit., 98-99.